

Somos Vicencianos

Una web de formación e información sobre san Vicente de Paúl, santa Luisa de Marillac y la obra vicenciana en el mundo, ayer, hoy y mañana.

14º Domingo de Tiempo Ordinario (reflexión de Rosalino Dizon Reyes)

Rosalino Dizon Reyes



El Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza (Lc 9, 58)

La Palabra vino a su casa, y los suyos no la recibieron (Jn 1, 11). Si viene Jesús a su Iglesia, ¿los cristianos le recibiríamos?

Estoy seguro de que no trataremos de impedirle a Jesús. No actuaremos como su familia que vinieron a llevárselo por creer que no estaba en sus cabales (Mc 3, 21).

Ni nos juntaremos con aquellos que toman por perito sólo a uno que no viene del mismo lugar de ellos, y cuanto más lejos el lugar de origen de uno, más pericia se le atribuye. Tampoco haremos de cangrejos en un cubo que se tiran unos de otros hacia abajo, así que ninguno logra escaparse.

Ni permitiremos que la familiaridad engendre la desconfianza. En primer lugar, se nos puede cuestionar si a fondo conocemos a Jesús. En segundo lugar, se nos indica que conocer bien a Jesús no puede resultar en el rechazo de él (1 Cor 2, 8-10).

No aceptarle a Jesús nace más bien sí de la falta de conocimiento. Es por eso que es esencial que tengamos intimidad con Jesús, conociéndole lo mejor que la gracia de Dios permita, y procurando que sus palabras permanezcan en nosotros (cfr. Jn 15, 7).

Esto subraya tanto la importancia de la predicación y la catequesis en la Iglesia como la necesidad que ella tiene, como una gran mies, —dice san Vicente de Paúl—, de obreros que trabajen, que instruyan a los pobres, amando a Dios a costa de sus brazos y con el sudor de su frente, y se sientan mal por no poder evangelizar a otros tantos pobres en otras muchas aldeas en espera de la misión, y no consideren la avanzada edad como excusa para no trabajar por la salvación de las pobres gentes (XI, 57, 317, 733-734).

Necesitamos asimismo abrazar la sana doctrina y no las novelerías y los mitos que nuestros oídos están desesperados por oír (2 Tim 4, 2-4). Por eso, respetamos el carisma de infalibilidad que reside singularmente en el Romano Pontífice y del que gozan también el Colegio episcopal (*Lumen Gentium* 25)—si bien, según unos críticos, la apelación a la infalibilidad furtivamente se va pasando de la raya y abarcando cuestiones disputables (<http://ncronline.org/news/vatican/long-simmering-tension-over-creeping-infallibility>).

Pero sobre todo, para conocer a Jesús y saborear sus palabras, cada cristiano tiene que ir o volver personalmente a las Sagradas Escrituras, especialmente a los Evangelios, pues, como nos advierte san Jerónimo, ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo. Nos dejaremos llevar al mismo tiempo por el Espíritu Santo que nos enseñe todo y nos recuerde todo lo que Jesús ha dicho y nos guíe incluso hasta la verdad plena difícil de tragar (Jn 14, 26; 16, 12-13). Cargaremos con la dura verdad, admitiendo que algo nos falta siempre, como les falta aun a los favorecidos de grandes revelaciones, a fin de que no tengamos soberbia.

Y una cosa que los humildes notarán al retornar a la fuente primaria que son las Escrituras es que Jesús, al igual que los profetas precursores de él, disintió del dogma y de la praxis del establecimiento religioso, lo que resultó en su rechazo y su crucifixión fuera de las puertas de la ciudad (Heb. 13, 12). Esta disensión se conmemora en la Eucaristía. Al acordarnos de que fue un disentidor nuestro Señor, ¿no nos conviene no oprimir ni vejar a disidentes? A los forzados a irse de su casa y vivir en los márgenes de la sociedad no les es imposible poseer la verdad y conservar la verdadera religión y tener una fuerza inquebrantable (Hech 5, 34-39; XI, 120, 462). Si san Pablo no se hubiera opuesto a san Pedro en su misma cara (Gal. 2, 11), ¿qué habría pasado a la Iglesia?

Relacionado